Escuela Intendente Juan Kairuz
Palmira, Mendoza

Testimonio de una experiencia pedagógica decisiva

Daniel Prieto Castillo
2008

"¿Adónde iremos a buscar modelos?"
Simón Rodríguez

Corresponde a un intelectual, se ha dicho a saber cuántas veces, ser testigo de su tiempo. Pero la expresión es de una inmensa vaguedad, porque el tiempo sin contexto, sin un anclaje en determinada situación, es pura abstracción. Como intelectual, uno no da testimonio de la estrella alpha de centauro, sino de las vidas que alcanza a vislumbrar a lo largo de su existencia. Sacado de los fuegos de artificio de las abstracciones, el testimonio es algo maravilloso: alguien comunica lo que otros expresaron, sintieron, hicieron, construyeron en determinado espacio y tiempo, en un aquí y un ahora.

Pero la tarea no es sencilla. ¿Qué expresiones, qué sentires, hechos, construcciones son objeto de un testimonio? Desde el campo en que trabajo, la educación, son dignas de testimonio aquellas dignísimas experiencias en las cuales se aprende y convive de manera digna. Propongo este texto para dar testimonio de un proceso educativo que caracterizo como experiencia pedagógica decisiva: el de la Escuela Intendente Juan Kairuz, de Palmira.

He organizado el material en tres partes: la fiesta, que inicia el escrito y reaparece una y otra vez (basada en la vivencia del espectáculo ofrecido en la plaza Independencia por la Escuela, para recordarnos que el tren se fue de Palmira y del país todo y que debe volver); la pedagogía en los talleres de arte y en la institución toda, y un encuentro en el que se expresaron las voces de la comunidad educativa. Tuve el honor de estar presente en dos reuniones en el establecimiento y en la fiesta; no puede uno testimoniar lo que no ha vivido.

La fiesta 1

El sol se aduerme sobre la plaza Independencia. Es la tarde del sábado. Al centro del círculo que formamos cientos de seres convocados para gozar del arte, una muchacha se ha recostado sobre el suelo, como adormecida. Dos mimos, negro vestido, blanco rostro, anuncian el comienzo. "Había una vez un lugar", dicen dos carteles con los

cuales juegan. La muchacha comienza a despertar. Se llama Palmira. Camina a un lado y otro y el lugar que había una vez se va llenando de vida. Aquí una mesa de truco, con un tremendo as de espadas y un más tremendo as de bastos; allá un mostrador con copas blancas, grandes como para emborracharte a la primera, y un borrachín gesticulando en todas direcciones; acá unas muchachas a las risas, con alegría sin freno en el rostro. Vamos sabiendo que Palmira es el nombre del lugar, que nació como un espacio de encuentro cuando el mundo era muy ancho y las carretas lo recorrían paso a paso, sin prisa ni vértigos.

Era así la vida, aunque a veces el río arreciaba y andaba desbaratando caseríos. Vemos bailar aguas encarnadas en marejadas de cuerpos jóvenes, vemos el turbión arremolinado, empecinado en cercar a Palmira y sus amigos. Hasta que vuelve a cantar la vida de ese pequeño pueblo.

Primer encuentro

En 2007 conocí la Escuela Intendente Juan Kairuz, de Palmira. Me llamó la atención el nombre. Aprendí entonces que se honraba así a un dignísimo hijo de esas tierras, querido por sus palabras y sus hechos.

De lo vivido en aquel sábado de octubre (talleres de danza, de música con instrumentos autóctonos, de diseño y producción de máscaras, de artes circenses; la vida joven por todas partes, la alegría de compartir, el claro sentimiento de que se está protagonizando una forma distinta de aprender y convivir…) nació un texto “En torno a las experiencias pedagógicas decisivas”. No hubiera podido escribir una sola línea del mismo, sin haber participado en ese encuentro. Paso a transcribirlo.

Hace ya más de una década, pero con énfasis desde el 2001 en el campo del arte, la Escuela Juan Kairuz inició un proceso de educación no formal, a través de actividades coprogramáticas, para impulsar en las y los estudiantes la autoestima, la construcción de convivencia y solidaridad y la capacidad de reaccionar frente a situaciones adversas.

El arte se convirtió en la esencia de la escuela, concretado en talleres de danza, música e instrumentos ancentrales, escenografía, máscaras y arte circense (malabares, zancos). Egresados y alumnas y alumnos de tercero y cuarto, trabajan todo el año en encuentros semanales, los días sábado, para apropiarse de esas posibilidades y para organizar un espectáculo que presentan en Villa Gessel. El sentido de esta tarea es precioso: de la montaña al mar. Ir a conocer el mar.

A medida que avanzan los talleres, se reafirma el compromiso, comienzan a aparecer habilidades que permanecían ocultas, los participantes descubren la importancia de la cultura de nuestros pueblos, crece el sentido de pertenencia y se desarrolla una amistad fuerte. Entran en juego lo grupal, la capacidad de relación, la alegría, el goce con lo que se hace. La apropiación de recursos de danza, ejecución musical, construcción plástica (todos los talleres son obligatorios) va creando confianza en sí mismo, lleva a plantarse de manera más segura en la vida. La escuela es fuerte en contenidos, pero más todavía en el trabajo sobre lo actitudinal.

Cada año se involucran en esa experiencia alrededor de 150 alumnos, con sus docentes responsables de las diversas actividades. Pero hay una clave que sostiene todo: la organización. La experiencia ha demostrado la necesidad de una organización fuerte, de un conjunto de reglas asumidas y respetadas, para abrir alternativas de mucha libertad en la construcción personal a través del deporte, el arte y el apoyo pedagógico.

La organización significa cumplimiento de todas las obligaciones de horarios de doble escolaridad, puntaje para hacerse acreedor de la participación en los talleres y del viaje mediante asistencia, respeto por los requisitos de estudios, colaboración en la limpieza, participación en las actividades de la escuela… También significa una línea productiva (dulces artesanales, miel…) y una alimentación adecuada para todos.

La Escuela Juan Kairuz constituye una experiencia pedagógica decisiva. Llamo experiencia pedagógica decisiva a un proyecto sustentado en propuestas teóricas y metodológicas serias, pero sobre todo en seres humanos enamorados de la vida y de la educación, capaces de crear ambientes de encuentro y solidaridad entre las y los jóvenes, en los que la alegría de compartir y de aprender se expresan con toda la energía de la adolescencia.

La fiesta 2

Palmira ha crecido. Un día llega el tren, a hombros de cuerpos jóvenes se van alineando los durmientes y en una mañana linda de sol, linda de rostros, linda de alegría, asoma la máquina con sus vagones llenos de gente. Los convocados a la fiesta vemos pasar esa encarnación del tren en seres humanos, porque el tren fue, es, eso: seres humanos que le dan sentido.

¿Tiempos? Décadas sintetizadas en ese juego del ir y venir de los viajeros, que a un tren le cabe la tarea de llevar y traer vida, mucha vida.

Hasta que un día no vuelve. Vemos los convocados cómo esa terrible ausencia va vaciando un espacio humano, el lugar que había una vez. Y puesto que el tren ya no regresa, Palmira, esa muchacha, sale a buscarlo porque “en algún lugar estará el tren”.

Segundo encuentro

Me tocó vivir la experiencia más profunda cuando fui invitado a una reunión de la comunidad de la escuela: estudiantes, maestras y maestros, padres y madres…, éramos unas 150 personas reunidas para dialogar en torno a la teoría, el método, la práctica. Comenzó la comunidad reflexionando sobre la resiliencia, uno de los conceptos que sostienen su trabajo: un ser humano, cada una y cada uno de nosotros, está siempre inmerso en un contexto con posibilidades de construcción personal o de destrucción. ¿Cómo explicar el hecho de que haya personas capaces de resistir condiciones adversas, de volver a su temple, a su actitud positiva ante la vida? El enfoque de la resiliencia dice que los riesgos del contexto no actúan mecánicamente,

que tenemos escudos, factores protectores. Fueron nombrados los siguientes: la familia, los amigos, la religión, el sentido del humor… y alguien dijo “la Escuela Kairuz”.

En ese marco, hablando con toda claridad de sí mismos, los miembros de la comunidad mencionaron las redes de contacto de la institución, la aceptación del otro, la capacidad de descubrir un sentido, la autoestima, los modelos vinculares distintos, el clima de convivencia, la participación significativa, el sujeto activo de su propia experiencia. Reitero: “hablando con toda claridad de sí mismos”. Una colega expuso los temas centrales, pero todos quienes compartían ese encuentro sabían muy bien de quiénes se hablaba: de ellos mismos, de lo que año a año vienen compartiendo y construyendo.

La segunda parte de la reunión terminó de aclarar lo que trato de expresar. Tomaron la palabra las y los jóvenes para narrar sus vivencias en el 5º. Congreso Mundial para el Talento de la Niñez, realizado en Santiago de Chile. Dejo para otra oportunidad el relato de lo contado por ellos sobre esa riquísima experiencia, para centrarme en sus referencias a la Escuela. Retomo palabras de los delegados de distintas actividades: Daniel Barroso, Jorge Heredia, Jésica Navarrete, Laura Gutiérrez, Maximiliano Llanos, Emiliano Sarmiento, Emanuel Suárez, Aldo Toledo, Daiana Chicón y Romina Mercau.

El proyecto de delegados de curso “una experiencia que es única, otros chicos no la tienen por no estar aquí”; la escuela deportiva “hago deportes y no soy adicta ni al cigarrillo, ni al alcohol”; estrategias de buen comportamiento y sentido de pertenencia “cuido algo porque es de todos los compañeros”; viaje artístico pedagógico de egresados “cuando viajamos somos un solo grupo, como una familia”.

Reparación de amonestaciones “por cada una, cuatro horas de trabajo comunitario, dentro o fuera de la Escuela…, he hecho máscaras, he pintado paredes, he construido un instrumento musical y he ido a tocarlos a chicos con capacidades diferentes…”, “he venido a trabajar en verano, me han ayudado con talleres de reflexión, aquí se vive algo que no se vive en otras escuelas.”

Lo vivido y lo sentido: “lo bueno de estar aquí es que somos una familia muy grande, no me quiero ir, fueron seis años maravillosos, me gustaría repetirlos”; “en la preparación del viaje artístico pedagógico entran todas las culturas, le damos un ¡basta! a la discriminación, aprendí a recuperar mis raíces aborígenes”; “la Escuela nos formó para salir a la calle a enfrentar cualquier cosa, esto no es una secundaria, es una casa”.

Y todo el vértigo de emociones que vivimos esa mañana, confluyó en las palabras de una madre: “gracias por haberme ayudado a educar a mi hijo”.

Fiesta 3

La búsqueda de Palmira se abre al contexto de nuestra patria y de América Latina, tierras representadas en alumnos de la escuela de origen argentino, peruano, boliviano.

Dicen lo suyo los cuerpos a través del baile, de las diabladas, de juegos escénicos que muestran una madura apropiación del espacio, como la madura palabra que poseen los estudiantes que ofrecen el espectáculo, porque corresponde a una institución educativa que se precie de serlo abrir caminos para que madure la niñez en los niños y la juventud en los jóvenes.

Es el tiempo de la fiesta de la Escuela. La noche se llena de máscaras gigantescas, portadas allá en lo alto por muchachas y muchachos diestros en los zancos, figuras que se mueven con una alegría y agilidad sin márgenes; se enjoya de luces la noche, de pañuelos, de música interpretada por diez, veinte, cincuenta jóvenes en la magia eterna de la percusión, de las guitarras, los charangos. Diez, veinte, cincuenta jóvenes sacan sonidos con sus manos de las cajas peruanas, con un ritmo y una energía nacidos del sentido de comunidad, de la vivencia de comunidad, de la construcción de comunidad, de esos seis años maravillosos que les gustaría volver a vivir.

Llamo experiencia pedagógica decisiva a un encuentro entre maestros, aprendices, padres, madres y otros miembros de la comunidad educativa y social, basado en la vivencia de prácticas (sostenidas en metodologías y conceptos) que marcan en lo profundo a cada participante, en lo intelectual, en lo emocional y en su vida toda. Nadie es el mismo luego de ese tipo de experiencia.

Hasta aquí mi testimonio. Más allá de mis palabras está la realidad construida por colegas educadoras y educadores, por las y los jóvenes que año a año pueblan esos espacios, por padres y madres comprometidos con una comunidad de la que forman parte. Más allá de mis palabras está esa experiencia pedagógica decisiva llamada Escuela Intendente Juan Kairuz de la cual deberían aprender autoridades e instituciones educativas. Porque ¿adónde iremos a buscar modelos si los tenemos entre nosotros?